

EL OBSERVADOR



Especial **Diego Maradona** 1960-2020

A qué planeta te fuiste



:: El mundo conmovido por la muerte de Diego Armando Maradona a los 60 años; la vida dentro y fuera de la cancha del genio del fútbol mundial en esta edición especial de *El Observador*



Diego Maradona

1960-2020

Ignacio Chans
@ignaciochans

Seguramente la vida de Diego Armando Maradona, fallecido este miércoles 25 a los 60 años, haya sido uno de los mayores reality shows de la historia mundial. Cuesta encontrar alguien de quien todos los detalles de su vida, desde los más poéticos hasta los más escabrosos, sean públicos.

Ni siquiera la realeza europea, a quienes conocemos desde que nacen. No, de ellos conocemos lo que ellos quieren: se guardan en sus castillos y su vida es un promedio entre sus lavados partes de prensa y apariciones públicas, y las versiones que los medios arriesgan sobre sus escándalos personales. También hay muchos famosos de poca monta que quisieran que se supieran todos sus detalles personales. Pero no interesan, no valen la pena. Y si interesan por un tiempo, su luz termina apagándose pronto.

Pero en Maradona se mezcló todo. Su talento sin igual, su gloria, su capacidad de hacer lo imposible con la pelota, sus excesos dionisiacos, sus vergüenzas, sus humillaciones. Su esplendor y su lento tropezar, que se extendió por más de 30 años, desde el momento en que la vida le demostró que era humano, y aunque fuera la persona con mayor talento de la historia para jugar al fútbol, no era más poderoso que la naturaleza, lo que terminó apagando no solo su carrera, sino su vida, de la que perdió el control hace ya 20 años.

¿Acaso hay algo de la vida de Maradona que no conozcamos? No es su casa de Villa Fiorito, el barrio extremadamente pobre en el que nació. Tampoco el esfuerzo de sus padres, Doña Tota y Don Diego, para parar la olla y que el más talentoso de Maradona jugara a la pelota. Su primera aparición en los medios, con 12 años, cuando decía que su sueño era jugar el Mundial y ganar el torneo de la octava división con Argentinos Juniors.

A partir de allí, todo lo de Maradona fue público. Su debut en primera con 15 años, la presión pública para llevarlo al Mundial de Argentina 1978 con 17 y su llanto por no poder estar, su pase millonario a Boca en 1980, su fracaso con Argentina en España 1982, el salto a Barcelona en 1984. La gloria máxima en México 1986. El gol a los ingleses, la mano de dios, el abrazo a la copa tras la final ante Alemania. Tres recuerdos en los que no hay que agregar más para que el planeta entero sepa de quien hablamos, lo cual es decir mucho. “Barrilete cósmico, ¿de qué planeta viniste?” sintetizó Víctor Hugo Morales, resumiendo bien a alguien que nunca pareció del todo de este mundo.

Pero a su vez, es difícil ubicar el punto exacto donde Maradona dejó de ser Maradona. Muy temprano pasó a ser Dios, o un mito, depen-



Nunca sabremos cuándo Maradona dejó de ser Maradona

El astro del fútbol murió este miércoles a los 60 años de un paro cardíaco; su vida estuvo signada por la gloria y por desórdenes que mellaron su imagen pública

diendo de qué tanto se lo quisiera. Fue entre la gloria argentina de 1986 y la napolitana de 1987-1990. Lo elevaron a las alturas, porque construyó un relato tan seductor como cierto: el joven que se hace de abajo y a pura fuerza de su talento y garra logra lo imposible, ganándole a los poderosos, sea la Alemania de Rummenigge con Argentina o los grandes de Europa con Napoli, representando al pobre y olvidado sur, el de Italia o el de América. Fue ahí que se convirtió en un símbolo político hasta para la mafia napolitana, que lo ayudó a escapar de varios controles antidoping. Lo triste fue que no se drogaba para sacar ventaja deportiva: la sacaba a pesar del hándicap que daba consumiendo cocaína.

No fue solo la droga: a ella la había conocido antes de todo eso, en 1984. Pero fue en la etapa napolitana cuando se creyó que estaba por encima del bien y del mal. Llegó al Mundial de Italia 1990 siendo un dios rebelde, cargando al hombro con una selección argentina sin ta-

lento y con un tobillo deshecho por patadas. Arrastrando de manera imposible a sus compañeros a la final y quedándose sin hazaña por un penal polémico en el minuto 87.

Y a partir de ahí ya no fue Dios. El mundo se encargó de mostrarle que era mortal.

Llegó la primera suspensión mientras jugaba por Napoli, en 1991, lo que él siempre aseguró que fue una vendetta de la mafia por su intención de abandonar el club. Luego un paso sin pena ni gloria por Sevilla, el regreso a Argentina para jugar en Newell's, flaquísimo y con el tramposo olímpico Ben Johnson como personal trainer. El regreso a la selección, la ilusión del Mundial de Estados Unidos. No era el mismo jugador perfecto de 1986, pero tenía cómo volver a hacerlo. Hasta que llegó la salida ante la cancha ante Nigeria, de la mano de la enfermera rubia. La efedrina. El “me cortaron las piernas”. Y la caída definitiva.

Maradona nunca volvió a ser Maradona. Llegó una etapa eufóric-

ca, tras la suspensión: casi un año con Boca, entre 1995 y 1996, hasta que otro doping definitivamente terminó con su carrera.

Ya ahí Maradona había dejado de ser el mito, para transformarse en una caricatura. Que mientras descendía a los subsuelos más tristes, generaba más morbo de la prensa, y más aplauso de una pléyade de fanáticos que le agradecían todo y no le cuestionaban nada.

Ya había tenido sus tinieblas personales, claro, y no solo por los dopings: el escándalo de 1991, cuando una redada policial lo detuvo en un apartamento de Buenos Aires, y trascendió que lo encontraron desnudo consumiendo cocaína arriba de una cama; también la de enero de 1994, cuando ahuyentó a periodistas de su casa disparando con un rifle de aire comprimido.

Pero tras el retiro la caída fue sin pausa, y con apenas pequeños raptos de lucidez. Su sobredosis en Punta del Este, de la que zafó gracias a un médico de Maldonado recién recibido. Su ida a Cuba

a curarse de las drogas, de donde volvió peor. Su baipás gástrico que lo hizo bajar 40 kilos y ser showman de televisión, otra vez con una euforia que indicaba que algo no iba bien.

Con cada nueva recaída, la persona Maradona iba desapareciendo a manos de la caricatura. Su agudeza mental de las mejores épocas (solo alguien muy inteligente podría haber logrado lo de él en una cancha) iba desapareciendo, y apenas guardaría algunos capítulos cuando dirigió a la selección argentina en 2009-2010. De genio táctico nada, de motivador mucho, para esa etapa recordada por los “Que la sigan chupando”, “la tenés adentro” y el 4-0 de Alemania.

Y después, la caída final. Peleado con su ex mujer (y con las dos siguientes, que lo acusaron de violencia doméstica). Alejado de sus hijas. Con hijos nuevos, solo algunos reconocidos. Yéndose a Qatar a ganar petrodólares, mientras abogados de dudosa ética lo hacían vender cigarros y hasta fideos (¡los fideos de Doña Tota!) para sumar una plata que probablemente él pocas veces llegaba a ver.

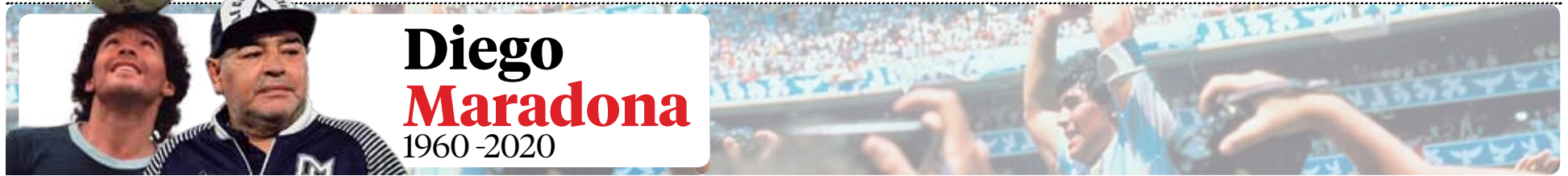
Sus cercanos dicen que en esa última etapa dejó las drogas, pero la sustituyó con alcohol, ansiolíticos, antidepresivos, pastillas para dormir. Era una caricatura macabra, que apenas podía balbucear palabra, no coordinaba razonamientos y estuvo a punto de morir varias veces, incluso una en Rusia mientras todo el planeta lo veía durante un partido de Argentina en el Mundial 2018.

Pero la máquina a su alrededor no podía detenerse. Y casi todos lo trataban como el genio de antaño, en una especie de patética mentira piadosa en la que simulaban que era el entrenador de Gimnasia de La Plata, cuando en realidad casi no podía mantenerse en pie. Su última aparición pública, el 30 de octubre, fue un buen símbolo de ese patetismo: lo llevaron del brazo a sentarse en una silla para recibir un homenaje por sus 60 años durante un partido de Gimnasia ante Patronato.

Pero el beneficio era para todos menos para él, que se tuvo que ir antes de empezar el partido porque no se sentía bien. Tres días después lo operaron de un hematoma en la cabeza. 15 días después, murió de un infarto.

Nunca sabremos cuándo Maradona dejó de ser Maradona. Desde muy pequeño tuvo que administrar una fama más grande que lo que cualquier ser humano hubiese podido enfrentar, y fracasó estrepitosamente, por el injusto premio de tener un talento sin igual en el deporte más popular del mundo.

Tomó miles de malas decisiones que lo llevaron hasta allí. Pero en su recta final, casi nunca las tomó él. Al menos, ahora ya no tendrá buitres revoloteándole alrededor. ●



El vínculo de Maradona y Pelé y el sueño que tuvo Diego en la playa de Atlántida en Uruguay

Con 19 años, el 10 argentino tuvo el sueño de conocer al 10 brasileño tras jugar el Sudamericano juvenil que ganó Uruguay



Marcelo Decaux
@mardecaux

El primer encuentro entre Diego Maradona y Pelé, otro de los más grandes de todos los tiempos, comenzó a gestarse en el Campeonato Sudamericano juvenil disputado en Montevideo en 1979 y que ganó Uruguay dirigido por Raúl Bentancor.

A fines de enero, en la playa de Atlántida, Diego se tomó unos días con toda su familia y allí tiró la frase: “Me muero de ganas de conocer a Pelé”.

Por entonces, Diego le confesó a distintos amigos y periodistas que su deseo era conocer al brasileño.

Y la revista El Gráfico le cumplió ese sueño y muy poquito tiempo después, en ese mismo 1979, antes de que viajara al Mundial juvenil de Japón que terminaría ganando el equipo albiceleste de su mano, en realidad, de sus pies y con la dirección técnica de César Luis Menotti, el mismo que un año antes lo había dejado fuera con dos compañeros más, de la lista



definitiva de la Copa del Mundo de Argentina 78. Algo que nunca le pudo perdonar al Flaco Menotti de quien igualmente después siguió siendo amigo.

Maradona jugaba aún en Argentinos Juniors, iban primeros en el Campeonato Argentino, y su técnico era el brasileño Delem, una exgloria de River de la vecina orilla.

Luego de que la prestigiosa revista realizara toda la producción para encontrar a Diego con Pelé, Maradona habló con Delem para decirle que se iba a su país. Lo hizo después de la práctica. Delem no lo podía creer.

Y allá fue Diego con su padre, su representante de entonces, Jorge Cyterszpiller, un periodista y un fotógrafo de El Gráfico. Fueron a Río de Janeiro y más precisamente, al edificio Chopin, el mismo en el que habían vivido tres presidentes brasileños.

Pelé le dio una pelota y una camiseta de Brasil firmada de regalo. También le obsequió un reloj y la medalla que le regaló el club Cosmos de Estados Unidos el día que dejó de jugar al fútbol. Diego, aquel Diego de solo 19 años, no podía creer que estaba

cumpliendo su sueño. Era como un niño con un juguete nuevo.

Pero el brasileño también mostró su reconocimiento a un futbolista que estaba en ciernes, que era ya un fuera de serie, pero al que habría que esperar mucho para se al menos, se asemejara a lo que había sido él en la cancha, entre otras cosas, tres veces campeón del mundo con Brasil, la primera, con solo 17 años en Suecia 58.

Después, en pleno encuentro entre ambos, Pelé tomó durante un rato una guitarra y tocó algunos acordes. Diego se fue muy feliz.

El 15 de agosto de 2015, canal 13 de Argentina le dio la chance de hacer un programa en vivo que se llamaría “La noche del 10”. Iba en vivo y en los 13 capítulos, el rating explotó.

En el primero de esos programas, Diego llevó a Pelé.

Pero la relación de ellos había cambiado mucho, ya que Diego tuvo palabras desagradables para con el brasileño. No se hablaban, pero logró convencerlo de que fuera a su programa.

“Es un orgullo para mí estar aquí, de todo corazón”, le dijo Pelé a Maradona ni bien comenzó la charla.

Entre broma y broma, Pelé le preguntó a Maradona: “¿Es cierto que en el Mundial de Italia 90 cuando ustedes enfrentaron a Brasil, colocaron somníferos en el agua que tomaron los brasileños?”. Diego contestó enseguida: “¡Yo no fui!”, y Pelé retrucó: “Pero tú sabes quién fue”.

Maradona contestó hábilmente: “Se dice el pecado pero no el pecador”. Y añadió: “Sí, hubo algo de eso, porque Branco estaba muerto”.

Para finalizar el programa, Maradona y Pelé firmaron camisetas de Brasil y Argentina, respectivamente.

Y minutos después, Diego invitó al brasileño a jugar cabeza contra cabeza con una pelota.

Los dos astros se volvieron a ver en París en 2016 y no pasaron inadvertidos para nadie.

La última vez que se vieron fue en el sorteo previo del Mundial de Rusia 2018 con el presidente ruso, Vladimir Putin.

En ese entonces, Diego se mostraba mejor de salud que Pelé.

Este miércoles, tras conocer el deceso del crack argentino, Pelé dijo que perdió a un amigo e incluso subió un tuit.

“Perdí a un amigo y el mundo a una leyenda”, dijo el brasileño.

“Que noticia triste. Perdí a un querido amigo y el mundo, a una leyenda. Todavía queda mucho más por decir, pero por ahora que Dios le dé fuerza a su familia. Un día espero que podamos jugar juntos al fútbol en el cielo”, tuiteó. ●



**Diego
Maradona**
1960-2020

El día que **Damiani** pretendió traer a Maradona a Peñarol

En febrero de 1997 Peñarol despertó conmovido por la noticia de que el 10 estaba dispuesto a llegar al club: “No le costará un peso. Quiero salir con la camiseta de Peñarol”



Jorge Señorans
pampajs@hotmail.com

Paysandú. Primeros días del mes de febrero de 1997. El Peñarol de Gregorio, que tenía como objetivo la conquista del Quinquenio, se aprestaba a jugar un amistoso contra Unión de Santa Fe. Pero la siesta fue interrumpida por un revuelo inesperado en la heroica.

“El viernes viene Maradona...”, alcanzó a decirle por lo bajo Gregorio Pérez a su compañero el profesor Gonzalo Barreiro que levantó las cejas y abrió los ojos bien grandes en clara señal de incredulidad. La misma que lo llevó a preguntar: “¿Lo qué?”.

“Sí, me avisaron que el viernes se presenta y tenemos que cambiar el entrenamiento porque no llega para el de la mañana”, expresó el entrenador.

La gente enloqueció. Maradona en Uruguay. Si ya se lo imaginaban entrando al Centenario con la camiseta de Peñarol. Jugando con Tony Pacheco, Pablo Bengoechea y el Pato Aguilera. El hotel donde estaba alojado el plantel se transformó en un hormiguero.

¿Cuándo viene? ¿Dónde va a vivir? ¿Qué día se presenta en Los Aromos? Las preguntas invadían el ambiente.

El periodo de pases se desarrollaba con algunos sobresaltos. El presidente José Pedro Damiani había tenido algunos cruces con el empresario Francisco Casal que le sacó de las narices a Marcelo Otero que quedó para la historia cuando el presidente carbonero dijo que Otero había ido a comer fetuccinis a Italia.

Sin embargo, el 25 de enero el empresario visitó a José Pedro Damiani en su casa de Punta del Este para fumar la pipa de la paz. “Fue sorpresiva la presencia de Casal; llegó y me dijo que si yo solicitaba licencia en el club él también lo hacía”, dijo Damiani antes de revelar que los dirigentes habían acordado con el empresario las incorporaciones de Luis Romero, Marcelo Zalayeta y Marcelo Romero.

Lo que jamás imaginaron fue que unos días después, el hijo del contador, Juan Pedro Damiani, recibió una propuesta que sacudió el mundo.



Juan Pedro había viajado a Asunción para el sorteo de la Supercopa cuando en un momento coincidió con el empresario de América TV, Hugo Jinkis, un viejo conocido del consejero aurrinegro, que luego terminó en la red del FIFAgate. Y Juan Pedro, aferrado al pensamiento de que el que no arriesga no gana, se tiró al agua.

“Hugo, ¿cómo está Maradona?”, preguntó el dirigente mirasol.

“Te gustaría tenerlo en Peñarol, ¿no?”, respondió Jinkis.

“¿Quién no quiere tener una Ferrari o un Porsche en el garaje”, acotó Damiani.

“Está bien, pero un poco desmotivado”, fue la respuesta del hombre de la televisión.

Y de una simple conversación se pasó a los hechos. ¿Un sueño? ¿Una locura? Por estas tierras muchos se preguntan cómo harían los aurinegros para pagarle a Maradona. La respuesta la brindaba el propio Juan Pedro: “Maradona se paga solo. Jugamos tres o cuatro partidos y ya están cubiertos todos los gastos, porque la gente va a llenar

los estadios y los espónsos van a venir solos”, declara en la prensa.

¿Y Gregorio qué decía? “Yo no le puedo decir que no al mejor jugador del mundo y más si viene acompañado de Caniggia”, declaraba a El Observador.

Para colmo, Diego se dejaba querer y desde Argentina declaraba: “Les pido a los dirigentes que hagan lo posible para que yo pueda estar ahí”.

La negociación se ponía en marcha.

Juan Pedro se reúne con Diego

A los pocos días Uruguay despertó con la noticia de que Juan Pedro Damiani se había reunido con Maradona en Buenos Aires.

“Los dos fuimos muy francos y él me manifestó que se quería tomar un plazo de tres o cuatro días para ver si seguía entrenando a buen ritmo y con las mismas ganas”, dijo Juan Pedro.

Y ante la incredulidad de mucha gente, Damiani se adelantó a decir que “esto no es un bolazo. Peñarol en su momento ya trajo a

César Luis Menotti, al propio Juan Ramón Carrasco cuando nadie creía que eso pudiera suceder”.

En la charla, Damiani fue realista. Le dijo al 10 que Peñarol no lo podía pagar. Pero Diego sorprendió con su respuesta: “No le costará un peso a Peñarol”.

El astro argentino, en declaraciones a radios de la vecina orilla, agregó: “Yo no le voy a pedir un peso a Peñarol. Esto no pasa por el dinero porque cuando fui a Boca me autopagué, porque Eurnekian me dio el dinero”. Maradona entusiasmado a los hinchas de aurinegros diciendo que su incorporación al club estaba concretada en un 80%.

“Para ser jugador de Peñarol faltan algunas cosas de forma que son arreglables. Esperemos que se pueda concretar porque quiero salir con la camiseta de Peñarol en el Estadio Centenario”.

Por ese entonces Diego era manejado por Guillermo Coppola que expresó a El Observador: “Veo a Diego muy entusiasmado y creo que existen grandes posibilidades

de que pueda llegar a un acuerdo con Peñarol”.

Gregorio y la charla con el plantel

Peñarol se preparaba para disputar la Copa Libertadores. Y había que ser extraterrestre para sustraerse de la noticia del momento. Por eso Gregorio Pérez reunió al plantel y habló sobre lo que se venía.

El entrenador recordó aquel hecho en el libro Quinquenio (Ediciones B). “Estábamos haciendo la preparación y se da una movida de que había contacto con Maradona y eso avanzó. Tuve una charla con el plantel. Las respuestas fueron súper positivas”.

En medio de la charla Gregorio fue sorprendido por el capitán Bengoechea que pidió la palabra. Muchos pensaron que el 10, serio y profesional como era, no iba a aceptar que el astro argentino gozara de determinados privilegios. Sin embargo, Pablo no solo lo aceptó sino que dijo que le daba la cinta de capitán y además cedía la responsabilidad de rematar los penales.

“Pero claro... Nosotros estábamos encantados. Imaginate, es como que te digan ahora que viene Messi. Nosotros teníamos un buen equipo pero sumarle a Maradona era tremendo”, expresó Bengoechea para el libro Quinquenio recordando aquel suceso que sacudió los cimientos de Peñarol.

Con los jugadores no había problemas, pero el tema es que Gregorio tenía el grupo armadito y no estaba dispuesto a ceder en algunas cosas. Ejemplo: las normas a la hora de entrenar. Motivo por el cual la directiva entendió pertinente que el técnico le hiciera conocer las pautas de entrenamiento al 10 argentino antes de llegar a un acuerdo.

Peñarol avanzó tanto que Juan Pedro Damiani habló con el titular de la Comisión Nacional de Educación Física, Julio César Maglione, para consultarlo sobre la futura cesión de la ficha médica a Diego Maradona. Maglione despejó el camino respondiendo que no habría inconvenientes para darle la ficha al futbolista.

“Con Maradona el tema era el entorno, las costumbres”, dijo el



Diego Maradona

1960-2020

gerente deportivo de entonces Jorge Pasculli.

El tema es que, en determinado momento, los dirigentes le tiraron el fardo a Gregorio y el técnico, sin pretenderlo, se vio involucrado en un lío que no generó.

“Se comprometieron a traerlo y luego de varias reuniones con el jugador me dijeron que yo como técnico del club debo decidir. A mí no me dijeron nada cuando fueron a hablar ni yo pedí al jugador. Pero eso no quita que los dirigentes no tengan derecho a traer a un futbolista”.

Maradona: “Me voy a jugar a Peñarol”

El 19 de febrero Maradona anunció a los cuatro vientos: “Ya está. Me da mucho miedo dejar a la familia pero está decidido: me voy a jugar a Peñarol”. Todo estaba acordado. Pero quedaba un tema: el régimen de entrenamiento del 10.

“Tengo 36 años y no estoy para hacer sacrificios. Estoy para cumplirlos como yo quiero. No estoy para que el entrenador me ponga cara larga y me diga: ‘¿qué está haciendo?’. Tampoco quiero que me molesten ni me digan lo que tengo que hacer”, señaló Maradona. Y amenazó: “Si Pérez se pone rígido me vuelvo a Buenos Aires. Después de 20 años en el fútbol no estoy para faltarle el respeto a Gregorio Pérez. Pero si me ponen piedras en el camino me vuelvo”.

Esa noche Maradona aparecía en Canal 12 con un mensaje: “La gente de Peñarol se tiene que quedar tranquila, porque no es que yo no esté dispuesto a entrenar, sino que de repente tengo que llevar



adelante una preparación distinta al resto de los jugadores”.

Al día siguiente el técnico de Peñarol, en una entrevista con El Observador, dejaba los puntos claros.

“El 14 de febrero los dirigentes me preguntaron, solo me preguntaron qué opinaba de la posibilidad de incorporar a Maradona y yo les dije que no pensaba absolutamente nada. Ellos ya habían hecho las gestiones sin consultarme a mí. La contratación de Maradona es pura y exclusivamente responsabilidad de los dirigentes, lo que no quiere decir que yo no lo quiera. De

ninguna manera, pero es muy fácil tirarme el fardo a mí ahora para que yo resuelva”. Pérez dijo que de ninguna manera se podía negar a recibir a un jugador de tamaño magnitud en su plantel, pero aclaró: “Acá hay una cosa que es muy clara y es que esto es un negocio que lo iniciaron y lo van a terminar los dirigentes. Acá tenemos las cosas claras: esto es un negocio que les gustó a los dirigentes, que les pareció que era viable para Peñarol y nada más”.

Se enojó el 10
Finalmente el sueño se derrumbó.

Maradona se empacó y se bajó. Se fue a Boca. ¿Qué pasó? Juan Pedro Damiani, el hijo del presidente del club y dirigente que lo había ido a buscar, realizó declaraciones que le sirvieron a Diego para bajarse del barco. “Esto no se puede dilatar más. Los teleteatros son bárbaros pero facturan, pero esto no puede seguir así. Los coqueteos son lindos entre novios, pero no en el fútbol. Él tiene que respetar el tiempo de Peñarol”, expresó el consejero.

Maradona estalló del otro lado del río: “A mí no me van a apurar como a un novato. Estaba preparando las maletas para viajar, pero yo no puedo aceptar que porque un diario diga que Boca me quiere, se caiga una negociación. Ni voy a aceptar las estupideces de ese señor. Lo de Peñarol lo abortó Damiani porque dijo muchos estupideces y yo, a mi edad, no las puedo aceptar”. Desde Buenos Aires, el propio Juan Pedro confirmó que el pase quedó trunco. “Ojalá que a Maradona le vaya bien en el equipo al que vaya a jugar.

Cuando hablamos por primera vez nos encontramos con un Maradona humilde y con ganas de dar un vuelco en su vida. Pero estas últimas declaraciones nos hicieron pensar en los últimos sucesos en los que estuvo involucrado. No nos pareció feliz cómo habló de la forma en que pretendía entrenarse”.

En su lugar el club incorporó sobre el cierre del período de pases a Juan Carlos De Lima. El floridense, con pasado en Nacional, fue pieza clave para que Peñarol ganara el Quinquenio. ●

30/10/1960

nació Diego Armando Maradona en Villa Fiorito.

25/11/2020

falleció Maradona en Buenos Aires.

91

partidos jugó con la selección argentina entre 1977 y 1994. Convirtió 34 goles.

4

Mundiales disputó, en España 1982 (cinco partidos y dos goles), México 1986 (siete partidos y cinco goles), Italia 1990 (siete partidos) y EEUU 1994 (dos partidos jugados y un gol). Fue campeón en 1986 y vicecampeón en 1990.

1

Mundial como entrenador, Sudáfrica 2010. Dirigió a la selección entre 2008 y 2010.

6

equipos defendió en su carrera: Argentinos Juniors, Boca, Barcelona, Napoli, Sevilla y Newell's. Jugó 724 partidos y convirtió 358 goles. Debutó en Argentinos el 20 de octubre de 1976 y jugó su último encuentro, con Boca ante River el 25 de octubre de 1997.

“Haberlo conocido. Darle un abrazo, fue un segundo eterno y lo voy a recordar para siempre...”, dice y hace una pausa.

La noticia de la muerte de Maradona golpeó al mundo del fútbol.

De aquella noche de fútbol, además del triunfo, de los elogios de Maradona por la actuación de Talleres, se llevó la gorra del 10 y quedaron impresas para siempre una secuencia de fotos del abrazo que atesora con singular cariño.

“La gorra la tengo guarda en un lugar especial, bajo siete llaves. La foto la haré mural. Y aquellos segundos con él me los guardó para siempre, para mí”, dijo el entrenador uruguayo, el único extranjero que dirige en Primera de Argentina y que tiene contrato hasta diciembre de 2021. ●

La gorra de Diego que Cacique Medina guarda bajo siete llaves, y la foto que hará mural

El entrenador uruguayo de Talleres, el último que enfrentó a Maradona, cumplió un sueño en 2019 cuando quedó cara a cara con el 10



Luis Eduardo Inzaurre
@Luisinza

Para Alexander Medina hubo un día en el fútbol que jamás olvidará, incluso cuando no hizo un gol ni levantó un trofeo. Aquella noche del 23 de setiembre de 2019 el fútbol lo puso cara a cara con quien marcó su infancia y adolescencia. Con quien lo inspiró para ser futbolista. Con quien lo deleitó con la magia de un talento único e irrepetible.

Aquella noche, en el estadio Mario Alberto Kempes, al Cacique le corrió algo por el cuerpo como pocas veces le había sucedido.

“Hay una foto que dice todo. La

voy a hacer mural y la voy a poner bien grande, porque es la expresión de lo que sentí en ese momento”, dice al periodista, mientras le anuncia que se la está enviando por Whatsapp.

“Mirala, mirala”, insiste. Tenía razones para volver a repetir su aspiración.

“¿La viste?”, pregunta. “Es el reflejo de lo que me pasó ese día. La mirada, el cariño... refleja lo que sentí en ese momento de admiración como nunca me había sucedido”, explica.

En su gesto, el entrenador transmite tanta admiración que la imagen parece perfecta.

Aquella noche, Medina quedó dos veces cara a cara con Diego Armando Maradona. La primera

previo al inicio del partido que Talleres le ganó 2-1 a Gimnasia, que dirigía el 10, y la segunda cuando terminó. El triunfo había dejado al equipo del uruguayo en el segundo lugar de la tabla.

“Le dije muchísimas gracias por habernos regalado el fútbol que nos dio durante tanto tiempo”, explica Medina. Ese fue todo el repertorio del entrenador uruguayo. Maradona lo felicitó por cómo había jugado Talleres.

“Haberlo conocido fue mágico”, expresa con el sentimiento más puro el último entrenador uruguayo que lo enfrentó.

“Jamás había estado con él. Nunca lo había visto. Nunca. Por esa razón, aquella noche viví uno de los días más reconfortantes

que me tocaron en el fútbol como entrenador, por todo lo que implica. Le agradecí lo que nos regaló porque me crié con él como estandarte del fútbol mundial. Fue ídolo. Fue referente en mi adolescencia. Esperaba los partidos para verlo jugar, y esa noche tenerlo enfrente fue uno de los premios que me dio el fútbol”, explicó este miércoles de tarde, poco después de confirmarse la muerte de Maradona.

“De ese partido ante Gimnasia me acuerdo que Talleres desplegó unas banderas impresionantes de cuando Maradona jugaba en la época del Mundial de 1986, y me vinieron a la memoria esos partidos mágicos que tuvo”, agregó.

SUPLEMENTO ESPECIAL

Este Especial Maradona 1960-2010 fue publicado en la versión pdf de El Observador del miércoles 25 y jueves 26 de noviembre.



Diego Maradona

1960-2020

Había dos. Todos sabían que había dos. Y tenía que ser así: el mito, la leyenda, no había salido de un repollo. No había sido cosa de generación espontánea. El tipo, aunque suene como la simplificación más impertinente y facilista, era en definitiva humano. Una persona llena de demonios agitados por la admiración mundial que adentro de la cancha, con la pelota atada al botín, comprendía cabalmente como domarlos. Pero que afuera no podía, no encontraba la manera de ahuyentar. Así, a caballo de dos identidades—Diego y Maradona— se convirtió luego en lo que fue: una supernova que se llevó puesto todo por delante. Al fútbol, al número 10, a un país entero, a un mundial glorioso en el 86, y, por supuesto, a su familia. Porque si algo queda después de los 60 años que Diego Armando Maradona pasó en el planeta Tierra, además de la estela gloriosa que arrastra su leyenda, son las cenizas de una vida que generó idolatría y rechazo a partes iguales. Y que marcó varias vidas para bien y para mal.

“Con Diego iría hasta el fin del mundo; con Maradona no daría un paso”, dice su preparador físico y confidente Fernando Signorini en el documental *Diego Maradona* (2019), del inglés Asif Kapadia. Y tiene sentido que una de las personas que más lo conoció, que lo impulsó al máximo rendimiento físico, que lo “limpió” en épocas donde la mano venía complicada, lo vea así. Porque así, en definitiva, es como lo vivió su círculo íntimo: mientras que dentro de la cancha lo veían volar, consagrarse, ser el Diego de la gente y el rey del fútbol, afuera eran testigos de cómo se despedazaba poco a poco. Y de cómo despedazaba a los demás en el proceso.

No diríamos nada nuevo si citáramos en esta nota algunas de sus tantos escándalos con la cocaína, su peor compañera de vida. Y tampoco diríamos nada nuevo si recuperáramos los numerosos líos familiares, sexuales y amorosos que fueron vox populi, que se documentaron en cuanto programa de chimentos surgía de debajo de las piedras y que terminaron ventilando la imagen que fue decisiva para expulsar a muchos de su círculo de acólitos. Pero de alguna manera es pertinente rescatarlos. Forman parte de lo que fue. De lo que se fue.

Porque Maradona también fue el show, la contradicción, la cámara constante y la disputa. Fue la relación con Claudia Villafañe, fue su amor por “las nenas”—Dalma, Giannina—, y fue La Tota y los poteros de Villa Fiorito. Fue la familia quebrada, las legiones de hijos no reconocidos y, más tarde, reconocidos a la fuerza. Fue las balas de aire comprimido disparadas a los periodistas que acampaban afuera de su casa, la Iglesia Maradoniana, el culto napolitano, el objeto de deseo de Emir Kusturica, las reuniones con Fidel Castro, con Hugo Chávez, su

Divorcios, escándalos, hijos no reconocidos: los demonios familiares de Diego Maradona

La vida privada del 10 fue de todo menos privada y tuvo varios episodios que pusieron su imagen al borde del abismo



juramento al Che y los codazos con Menem. Fue todo eso y más porque Diego Maradona, en algún punto, fue el reality show más argentino de todos. Fue la imagen de un país. Maradona fue Argentina.

Historia de amor y guerra

Diego y Claudia se casaron en el Luna Park. Fue una boda fastuosa, llena de excesos, pompas y tules. El Diego y La Claudia. Habían sido novios desde adolescentes, en la pobreza de Villa Fiorito. En aquella época él ya decía que Claudia era la mujer de su vida y ella aceptó dejar todo por él. Como los matrimonios de antes. Fue el 7 de noviembre de 1989. Todavía hoy se recuerda el vestido de Claudia, ostentoso, extravagante. Recuerda Vanity Fair que el vestido, de reina, fue un diseño de Elsa Serrano, de manga larga y cola eterna, para el que se usaron 800 cristales de roca, 1500 piedras preciosas y 5 kilos de canutillos de cristal llegados de Francia. Además, Claudia usó una tiara de oro blanco, diamantes y perlas engarzadas.

Diego y Claudia ya eran padres de Dalma Nerea y Giannina Dinorah, “las nenas”, las dos luces de sus ojos. Dalma, la primera, llegó el 2 de abril de 1987, y Giannina, el clon de Diego, el 16 de mayo de 1989.

Pero todo eso que de afuera se veía inmejorable, puertas adentro llegó a ser un infierno. Y un día Claudia no aguantó más. Después de perdonar una y otra infidelidad, hijos fuera del matrimonio, drogas,

alcohol y abusos, cerró la puerta.

El 7 de marzo de 2003 pasó lo impensable: Claudia presentó la demanda de divorcio que ya no tendría vuelta atrás. El cuento de hadas se había terminado. Alegó abandono de hogar, pidió la tenencia de sus hijas—ya adolescentes en ese entonces— y una cuota alimentaria para mantenerlas. Pero según recuerdan las crónicas de la época, Diego no estaba al tanto de la demanda hasta que un día, a fines de ese mismo mes, la noticia llegó a Cuba, donde estaba internado intentando una vez más, rehabilitarse de su adicción a la cocaína. Maradona insistió con su “amor” hacia Claudia mientras desfilaban mujeres por sus dormitorios. Claudia lo sabía, todos lo sabían. Había hijos no reconocidos de esos romances, aunque él solo reconocía a “las nenas”.

Las hijas de Diego fueron muchas veces sus salvavidas. Lo arrancaron de la noche, le aguantaron los berrinches y abstinencias, y se enfrentaron a la mayoría de sus parejas, con Verónica Ojeda y Rocío Oliva a la cabeza.

El Diego y las nenas fueron y vinieron incontables veces. Se pelearon, se insultaron públicamente, se detestaron y se adoraron. Las diferencias llegaron hasta la ausencia de Maradona en el casamiento de su hija mayor. Pero con el tiempo, como todo, los problemas se suavizaron y sus hijas estaban acompañando en los momentos duros.

Para celebrar su cumpleaños

60, el 30 de octubre, Giannina publicó un mensaje que parece una premonición: “Lo disfruté en cada etapa de mi vida, algunas veces más cerca que hoy pero menos lejos que mañana. Mi gran ejemplo de todo lo que sí y todo lo que no. A quien admiro, ayer, hoy y siempre. Quien me enseñó a perdonar, a perdonarme. A perderme para volver a encontrarme y empezar de nuevo”.

Maradona vs. Villafañe

En 2015 Maradona empezó un extenso y acalorado cruce legal con Claudia Villafañe. El jugador la demandó luego de que en 2014 realizara una auditoría de sus bienes y propiedades y determinara la ausencia de seis millones de dólares.

Así fue que inició la demanda por fraude, estafa y malversación de patrimonio contra Villafañe, a quien Maradona acusó de “ladrona”, que involucraba la desaparición de 300 objetos, de propiedades en Argentina y Estados Unidos, y de cuentas bancarias en Argentina y en el BROU uruguayo. El juicio fue en simultáneo en Buenos Aires y Miami, enfrentó a Maradona con sus hijas, aunque luego se reconciliaron, y hasta julio de este año, seguía en curso, con la justicia argentina determinando el inicio de un nuevo procedimiento de investigación a Villafañe.

Las demandas de paternidad

Hasta la década de 1990, al hablar de la descendencia de Maradona se hablaba de “las nenas”, por las que

Diego juró que no consumía ninguna droga. Dalma y Giannina fueron durante mucho tiempo las únicas hijas del astro, hasta que comenzaron a llegar las demandas por paternidad, que fueron ampliando progresivamente a la prole del 10.

“Mis hijas legítimas son Dalma y Gianinna. Los demás son hijos de la plata o de la equivocación”, dijo una vez. El primero en aparecer fue Diego Junior, hijo del futbolista con la italiana Cristina Sinagra, y fruto de una relación extramarital durante su período en Nápoles que durante años, el argentino no reconoció.

En 1992, la justicia italiana, luego de que Maradona se negara a hacerse las pruebas de ADN, confirmó la paternidad, y obligó al deportista a pagarle una mensualidad a su hijo, que con el tiempo desarrolló una discreta carrera como futbolista y como jugador de fútbol playa. A pesar de la sentencia, Maradona no lo reconoció oficialmente por años, y llegó a decir en 2005: “Un juez me obligó a darle dinero, pero no puede obligarme a sentir amor por él”. En 2003 se encontraron, y el vínculo se fue afianzando, al punto que en 2016 lo reconoció como su hijo. Ese mismo año, Diego Jr. Participó en el Bailando por un sueño.

La segunda demanda fue en 1999, y generó una situación similar: Maradona se negó en cinco oportunidades a hacerse la prueba de ADN, y la justicia le adjudicó la paternidad de una niña llamada Jana, hija de Valeria Sabalain, a la que reconoció oficialmente en 2015, luego de que Jana fuera a buscarlo a un gimnasio en Buenos Aires.

En 2013 nació su último hijo, Diego Fernando, a través de la relación entre Maradona y Verónica Ojeda. Sin embargo, hay al menos otros seis jóvenes que aseguran ser hijos del deportista: cuatro en Cuba, supuestamente engendrados cuando Maradona fue a la isla a someterse a un tratamiento médico, un joven argentino que inició una demanda de filiación pero que no tuvo novedades hasta ahora, y finalmente, una mujer italiana. En estos dos últimos casos, Maradona estaba dispuesto a realizarse las pruebas de ADN, pero murió sin que haya novedades. (Producción: Paula Scorza, Nicolás Tabárez, Emanuel Bremermann). ●



Diego Maradona
1960-2020

Una despedida tumultuosa que profundizó la grieta política

El gobierno de Alberto Fernández era objeto de duros cuestionamientos por las restricciones a la circulación y por el cierre de las clases; su organización de un funeral masivo llevó a la pérdida de autoridad en esa política de aislamiento



Fernando Gutiérrez
desde Buenos Aires

Fue todo muy argentino y maradoniano. Caótico, tumultuoso, bochornoso... y al mismo tiempo tan grande y épico que no hay nada que se le pueda comparar a nivel mundial. El funeral de Diego Maradona fue totalmente coherente con lo que había sido la vida del astro y con el ambiente social que vive Argentina.

El mundo entero asistió a las imágenes de las multitudes al principio despidiendo al ídolo con fuegos artificiales, casi con tono más de festejo que de congoja. Luego, las filas de fanáticos que querían dar el adiós, primero con relativo orden, luego con evidente inquietud y finalmente con un total descontrol.

Violencia, refriegas con la policía, invasión de la Casa Rosada, donde la seguridad se vio desbordada. Gases lacrimógenos dentro de la propia sede del gobierno. Salida apurada del presidente Alberto Fernández y de la vice Cristina Kirchner. Y, finalmente, el corte abrupto del velatorio, en un intento de evitar los desmanes e impedir que se agregara tragedia a la tristeza.

En el medio, lo inevitable: la politización de la muerte del ídolo. El gobierno ya había recibido acusaciones en el sentido de querer sacar provecho político de la situación, al habilitar la Casa Rosada en plena pandemia y contratar para el evento a la misma productora de televisión que hace 10 años había transmitido el impactante funeral de Néstor Kirchner.

La presencia del presidente, que se tomó "selfies" con la multitud, y la de Cristina —tras cuyo ingreso a la Casa Rosada se cortó el flujo de público— fueron objeto de críticas de los opositores.

Pero el punto alto de la controversia llegó cuando empezó la represión policial. El ministro del interior, Eduardo de Pedro, responsabilizó a la policía de la Ciudad de Buenos Aires, que depende del opositor Horacio Rodríguez Larreta. A lo cual los opositores respondieron que el propio gobierno nacional había dicho que era su responsabilidad la coordinación de la logística



para el funeral de Maradona.

Por otra parte, las propias autoridades habían previsto que podía llegar al millón de personas los hinchas que quisieran despedirse. Y haciendo un cálculo de que pasarán frente al féretro tres personas por segundo, eso implicaba que en 10 horas sólo daría el tiempo para que desfilaran poco más de 100.000 personas. De hecho, otros velatorios multitudinarios, como los de Juan Perón y Evita, duraron varios días.

La acusación por el doble estándar en la tragedia

Pero más allá de las imágenes bochornosas y los cruces de acusaciones sobre responsabilidades en el operativo, y más allá de la enésima constatación sobre la idolatría popular que genera la figura de Maradona, el funeral dejó también consecuencias políticas.

Porque no ocurrió en un contexto cualquiera: ocurrió luego de la cuarentena más larga del mundo, en un país donde se había hecho del aislamiento una política de Estado, cuya infracción podía tener un alto costo.

Fue así que las redes sociales explotaron de dolorosos testimonios de personas que habían perdido a seres queridos y a quienes se les había prohibido realizar un velatorio y un funeral para dar el último adiós. Peor aun, hubo casos de gente que, por residir en otra provincia, no pudo llegar a tiempo a despedir a familiares con enfermedades terminales.

Y no todos esos casos correspondían a la fase inicial de la cuarentena en su versión más dura, sino

que algunos de los casos más dramáticos son bien recientes. Como el caso del padre que debió cargar en brazos a Abigail, su hijita enferma, tras no haber sido habilitado para cruzar con su vehículo en la frontera entre Tucumán y Santiago del Estero.

La oposición decidió tomar el caso como bandera y motivo de denuncia, incluso tomando como consigna frases típicamente asociadas a la Asociación de Madres de Plaza de Mayo, como "Ni olvido ni perdón".

El caso causó conmoción nacional e hizo tambalear al gobernador santiagueño Gerardo Zamora, un aliado kirchnerista, al punto que el gobierno nacional luego intentó compensar la situación al poner un avión para trasladar a Abigail a un hospital de niños en Buenos Aires.

Y cuando todavía siguen los ecos de ese caso, se sumó otro que afecta al controvertido gobierno de Gildo Insfrán en Formosa, también aliado kirchnerista. En la provincia norteña una embarazada perdió a su bebé tras haberle sido rechazado un traslado en ambulancia y por haber tenido que desplazarse en moto.

Otro caso que generó una ola de repudios y la renovación de acusaciones sobre el manejo político de los "feudos" de las provincias peronistas. Formosa ya estaba en el ojo de la tormenta por la prohibición de reingreso a la provincia de decenas de personas que no tienen el permiso sanitario y debieron pasar a la intemperie, un caso en el que debió intervenir la Corte Suprema de Justicia.

Por otra parte, tras la muerte de

Maradona el gobierno nacional dispuso el libre ingreso de periodistas del exterior que quisieran venir a hacer la cobertura del funeral. Lo cual implicaba la suspensión de los protocolos de seguridad sanitaria, tales como el pedido de hisopado y cuarentena.

Todo lo cual alimentó la crítica de aquellos que habían acusado al gobierno de exceso en su política de aislamiento.

Adiós al aislamiento y el reclamo por las clases

Esas críticas por el doble estándar sanitario, que implicó la contradicción entre medidas de dureza extrema para algunos casos y la flexibilidad total en otros, llevaron a una profundización en el cuestionamiento a la política oficial de prevención del coronavirus.

A comienzos de año, el gobierno sostenía que si no fuera por la medida de aislamiento, Argentina se enfrentaría a situaciones tan graves como la que en ese momento vivía Brasil o varias naciones europeas. Y el presidente Alberto Fernández alegaba que la economía no iba mejor en los países que adoptaban criterios más laxos en la circulación de gente.

Un semestre después, los números muestran que Argentina logró la peor combinación posible. Todavía en un registro diario de 10.000 contagios por día y ya con una estadística de 37.000 fallecidos, nada indica que se haya pasado la fase aguda de la pandemia. Y en paralelo, la economía sufrió un desplome, al punto que se estima que casi 30 por ciento de la población quedó sin ingresos regulares debido a la cuarentena.

Para los comerciantes que debieron bajar sus persianas, para los profesionales que debieron suspender sus actividades y para los informales a quienes se les cortaron las "changas" en el marco de la política de aislamiento, se les hizo difícil digerir que desde el propio Estado se organizara un funeral multitudinario en el cual se tiraron abajo todas las normas de aislamiento social y precaución de contagio. Tanto que se viralizaron las alusiones sarcásticas en los "memes" de las redes sociales, en el sentido de

que el riesgo de contagio quedaba "suspendido por 72 horas y se retomará después de despedir al Diego".

¿Habría podido hacer otra cosa el gobierno ante la muerte del mayor ídolo popular? Probablemente no, pero lo que resulta innegable ahora es que si su política sanitaria ya venía siendo objeto de cuestionamiento, ahora directamente perdió toda credibilidad.

Hay una creciente tendencia a la rebelión contra la política de aislamiento, cuyo punto más sensible es el tema de la vuelta a clases. Argentina ha sostenido todo el año con aulas virtuales mediante zoom, algo que muchos han denunciado como un año lectivo perdido, tanto por la dificultad para dictar clases en esas condiciones como por el hecho de que deja fuera a gran parte de los niños en un país que tiene un 40 por ciento de población bajo la línea de pobreza.

Justo días antes de la muerte de Maradona se había producido un duro enfrentamiento entre los sindicatos docentes y la ministra de educación del gobierno porteño, Soledad Acuña, que reclamaba la vuelta inmediata a clases presenciales y, además, denunciaba que había un problema de adoctrinamiento por parte de algunos maestros.

Los docentes siempre sostuvieron que su salud se ponía en riesgo con las clases presenciales y se plantaron firmes en la postura de no volver hasta que estuviera disponible la vacuna. Pero sus principales dirigentes estuvieron en la Casa Rosada, para asistir al velatorio masivo de Maradona.

En definitiva, la pasión maradoniana dejó al descubierto, como siempre, que los argentinos tienen esa misma dualidad del ídolo deportivo: conviven la capacidad de los grandes logros y los peores vicios, de las mayores demostraciones de amor y de enfrentamientos violentos.

No podía ser de otra manera: Maradona se fue despedido por una multitud emocionada que escribió una jornada histórica para asombro del mundo y, al mismo tiempo, se fue envuelto en una controversia política donde afloraron las miserias humanas. ●



Diego Maradona
1960-2020

OPINIÓN

El Dios imperfecto

Muerto a los 60 años, el genial futbolista representó como pocos las derivas del alma argentina

Leonardo Pereyra
@LeoPereyra5

Como la Argentina, vivió de sobredosis en sobredosis. De talento, de miseria, de palabras geniales, de dichos inexcusables, de hechos irreparables, de fracasos terribles, de alegría escandalosa. Como su país, Diego Maradona se murió y resucitó mil veces, mil veces más prometió evitar los excesos y encarrilarse en una vida más o menos mansa, y mil veces cayó.

Zurdo hasta para pegarle a la pelota, fue amigo de Fidel Castro y se tatuó al Che Guevara en un brazo. Pero también se abrazó, como su pueblo, al neoliberal Carlos Menem y coqueteó con políticos de dudosa ética. Fue peronista, fue radical, recibió con orgullo –qué se le puede pedir a un pibe de 19 años en aquel contexto– la llamada del dictador Jorge Rafael Videla para felicitarlo por haber ganado un mundial juvenil en 1979.

Alimentó a la patria chimentera y también a miles de niños que pudieron comer gracias a una mano solidaria. Más autén-

tica que aquella mano de Dios que se elevó en tierras mexicanas concretando una de esas avivadas que suelen celebrarse en la vida cotidiana de su país.

Pero, como a los argentinos, no le era necesario meter la mano para parir felicidad con el gol a los ingleses, con un Borges, con un Piazzolla que una vez, ante una genialidad del futbolista en un estadio de Francia, se paró en la tribuna para agarrarse la cabeza y gritar “¡es Nijinski, es Nijinsky!”, comparándolo con el legendario bailarín ruso.

Nacido en la miseria y con un alma lumpen, Maradona solía deslumbrarse con figuras que ejercían la autoridad con mano firme – de estas derivas la Argentina sabe un montón. Pero también ejerció de rebelde contra el poder de la FIFA y de otras corporaciones, o puteando al público italiano –su público por aquellos días– que silbó el himno argentino en un partido del mundial de 1990. Pequeños gestos que diagraman la cara de un país que supo de Cordobazos y de otras manifestaciones callejeras sangrientas contra los mandamases de turno.

Dios en un país en el que los



Dios en un país en el que los presidentes juran sobre La Biblia, Maradona no necesitaba esforzarse por ser argentino. Era maravilloso y trágico, un ejemplar exquisito para el paladar de los habitantes de aquellas orillas del Río de la Plata

presidentes juran sobre La Biblia, Maradona no necesitaba esforzarse por ser argentino. Era maravilloso y trágico, un ejemplar exquisito para el paladar de los habitantes de aquellas orillas del Río de la Plata.

Diego Maradona se murió definitivamente a los 60 años un miércoles de noviembre de un 2020 de mierda. Pero, esto será dicho mil veces, el barrilete cósmico que se fue quién sabe a qué planeta ya había cobrado un vuelo imparables. Y aunque

sus fanáticos se lamentan por la relativa brevedad de su vida y sus detractores aprovechan para pontificar sobre los abusos que hicieron mella en su cuerpo, Maradona es, antes que nada y más importante que todo, su zurda de otra dimensión.

Es eso que más allá de tragedias puntuales y de bellezas definitivas, seguirá despertando la fascinación de lo único, de lo que fue, pero también de lo que es y de lo que pudo haber sido. Como la Argentina. ●

UNA MIRADA DESDE EL CAMPO

ARIEL KRASOUSKI

Exfutbolista, compañero de Maradona en Boca Juniors en 1981

El privilegio de haber jugado con Diego

Estoy conmocionado como todo el mundo del fútbol. A Diego lo había visto por la televisión unos días atrás. No se lo veía bien, pero confiando que otras veces había salido adelante, tenía fe de que pudiera superar esto también. Sin embargo, la triste noticia que me paso un excompañero de Boca, Quique Harabina, me sorprendió cómo sorprendió a todo el mundo del fútbol.

Tengo grandes recuerdos de Diego, como muy buen compañero y como jugador, sin dudas el más genial y desequilibrante que vi en mi vida.

Tuve la fortuna de disfrutarlo un año como compañero en la cancha, en concentraciones, en viajes, en giras,

donde solo una persona con su ángel lograba cosas a una edad muy joven que nos sorprendía a todos. Cómo llegar en el año 1981 a un país africano y que el avión no pudiera aterrizar porque la gente lo estaba esperando en la pista. O ir a países donde el fútbol no era el deporte principal, pero al llegar con él jugábamos en estadios repletos de gente porque todo el mundo iba para ver a Maradona en un campo de juego.

Fue un jugador que siempre vistió con orgullo la albiceleste, siendo el ejemplo estando presente siempre en el campo de juego, sin importar su condición física, dando la cara por el equipo y por el país.

Fue un joven indomable, de carácter

rebelde, que lo hizo diferente a todos, dentro y fuera de la cancha. Cuando lo veía en los entrenamientos o jugar al fútbol me daba la impresión que la pelota era una parte de su cuerpo, porque conseguía hacer con ella cosas imposibles.

Por todo lo dicho anteriormente y muchas cosas más que viví con Diego, me siento orgulloso de haber formado parte de un equipo donde él fue capitán y líder, y en donde muchos jugadores de fútbol hubiesen querido estar y yo tuve la suerte de ser parte de aquel plantel.

Por esa razón, le agradezco eternamente al fútbol que me dio la posibilidad de haber jugado a su lado en un equipo de nivel mundial como Boca Juniors y le deseo que descanse en paz. ●

